

www.elboomeran.com

Giuseppe Scaraffia
LA NOVELA DE LA COSTA AZUL

TRADUCCIÓN DE FRANCISCO CAMPILLO

EDITORIAL PERIFÉRICA

PRIMERA EDICIÓN: marzo de 2019
TÍTULO ORIGINAL: *Il romanzo della Costa Azzurra*
DISEÑO DE COLECCIÓN: Julián Rodríguez
MAQUETACIÓN: Grafime

© Bompiani/Giunti Editore S.p.A., Firenze-Milano
2013 First edition published under Bompiani imprint
© de la traducción, Francisco Campillo, 2019
© de esta edición, Editorial Periférica, 2019
Apartado de Correos 293. Cáceres 10001
info@editorialperiferica.com
www.editorialperiferica.com

ISBN: 978-84-16291-82-3
DEPÓSITO LEGAL: CC-67-2019
IMPRESIÓN: Kadmos
IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

El editor autoriza la reproducción de este libro, total o parcialmente, por cualquier medio, actual o futuro, siempre y cuando sea para uso personal y no con fines comerciales.

PRÓLOGO

Durante siglos no fue más que una costa cualquiera, un lugar donde embarcarse o desembarcar, como hizo Napoleón en la arena de Golfe-Juan en 1815. De hecho, en 1788, cuando agonizaba el siglo de la Ilustración, para la que, por cierto, la naturaleza era sinónimo de bondad, los ingleses residentes en Niza eran sólo cincuenta y siete.

Con el paso del tiempo, aquel trozo de Mediterráneo vería cómo era el invierno la estación preferida por sus visitantes para conocerlo y disfrutarlo, pero esto no sucedió de improviso. Hicieron falta muchos años para que empezara a ser considerado como un placentero refugio del frío y el mal tiempo; y también pasaron muchos años antes de que se le diera nombre. Durante décadas y siglos se hablaba de él como la «Riviera» o, sin mayores complicaciones, como «el Mediterráneo». Eso fue antes de que en 1887 un escritor de segunda fila, Stéphen Liégeard, hablara de «estas playas bañadas por los rayos del sol, que merecen ser bautizadas como Costa Azul». Mientras tanto, también las dimensiones de aquella franja costera bendecida por el clima se fueron ampliando hasta convertirse en lo que Maupassant describió como «un jardín incomparable que comienza en Hyères y acaba en Menton».

Fue Lord Henry Brougham, viejo compañero de aventuras de Byron, quien encabezó la gradual, y desde entonces también imparable, población de aquellas tierras. Brougham había llegado allí por azar. Camino de Italia, casi al llegar a la frontera se vio obligado a volver atrás debido a una epidemia de cólera y acabó recalando en Cannes. Allí,

maravillado por el paisaje, se hizo construir una magnífica villa, abriendo de este modo el camino a la colonización británica de la Costa.

Aquél fue el inicio de una incesante proliferación de residencias de los más diversos estilos, signo y homenaje al eclecticismo arquitectónico propio del XIX. Al mismo tiempo, y con el fin de atraer el turismo de la gente adinerada, la Costa fue olvidando su pasado eremita para transformarse en un parque de atracciones casi sin límites, en todos los sentidos. Esta locura ininterrumpida tuvo como culminación las cúpulas rosáceas del Hôtel Negresco, en Niza, y, ya en los años locos, la elegantísima sobriedad de la villa cubista del vizconde de Noailles, en Hyères. La línea ferroviaria, que después se convertiría en el mítico Train Bleu, tuvo que esperar a 1862 para llegar a Niza. En sus carteles y folletos publicitarios podía leerse: «En sólo una noche, el país de los sueños». Los testimonios nos dicen que incluso durante esa única noche de viaje sus fastuosos coches podían transformarse en escenario de verdaderas ceremonias de lujuria, donde los pasajeros se liberaban de las imposiciones de la capital. Un pacto de silencio hacía de aquellas pasiones casuales consumadas en sus vagones algo puntual, exclusivo de ese puente en movimiento suspendido entre dos mundos, París y la Costa Azul, la civilización y la naturaleza.

En un lugar como la Côte d'Azur, tan a merced de los caprichos de la diosa naturaleza y, por tanto, de las condiciones de vida impuestas por el ritmo lento de las estaciones y el extraordinario e incontrolable poder del sol y el mar, era de esperar que naciera la necesidad de levantar lugares donde se evidenciara la inquietud por desafiar los caprichos de otra diosa más mundana: la suerte, el azar. El primer casino de Mónaco, de 1865, no tendría gran éxito; en todo caso,

pronto se vería eclipsado por la opulenta arquitectura del Casino de Montecarlo, de 1878, catedral de la Belle Époque, al que pronto seguirían algunos más a lo largo de la Costa.

¿El resultado? Jean Lorrain escribía en 1902: «Todos los chalados, desequilibrados e histéricas del mundo se dan cita aquí... Vienen de Rusia, de América, del Tíbet y del África austral. Y menudo ramillete de príncipes y princesas, marqueses y duques, verdaderos o falsos... Reyes con hambre y exreinas sin un duro... Los matrimonios prohibidos, las examantes de los emperadores, todo el catálogo disponible de exfavoritas, de crupieres casados con millonarias americanas, de gitanos secuestrados por princesas para disfrute propio, de expinches de cocina ahora secretarios de príncipes y de pianistas cuyo talento da mucho que sospechar... Todos, todos están aquí».

Sin embargo, para escritores y artistas, la Costa Azul era justamente lo contrario: lugar de soledad, de creación, de reflexión; lugar donde descansar de las incómodas constricciones sociales de la gran ciudad. «La Costa», decía Cocteau, «es el invernadero donde despuntan las raíces; París es la tienda donde se venden las flores.» Estos turistas tan peculiares solían despreciar la vulgaridad de esa otra tropa petulante y su inagotable hambre de fiesta. Eran mucho mejores «esas mañanas tan limpias, tan nuevas y desnudas, al despedirse la noche», que tanto amaba Valéry. Gracias a esos «otros» inquilinos, y también a los turistas menos acomodados, prosperó un número infinito de pensiones y hostales que ampliaban la oferta a todo tipo de clientela y necesidades.

Entre los intelectuales no eran pocos, desde Chéjov a Mansfield, los que pertenecían a la caravana de andares inciertos que formaban los tuberculosos, quienes las más de las veces estaban destinados finalmente a ver cómo se

evaporaban sus esperanzas al abrigo del milagroso aire de la Costa Azul y a experimentar el amargo sabor del contraste entre el deterioro individual y el triunfo del conjunto orgánico de la naturaleza.

En aquel lugar, el cuerpo humano, que con tanta frecuencia infravaloran escritores y artistas, ese cuerpo bronceado o castigado por los mosquitos, se convertía en una tierra de nadie a través de la cual la mente se comunicaba con la naturaleza. La fuerza del calor y la exuberancia de esa misma naturaleza liberaban pasiones rayanas en el escándalo. Las infidelidades y el libertinaje tenían allí una intensidad pareja a su carácter efímero. La tradicional tolerancia de la Costa y su gente hacia la homosexualidad se veía a menudo puesta a prueba por personajes como Montherlant o Gide, quien, sorprendido en una flagrante escena de pedofilia, no paraba de preguntarse si su categoría de Premio Nobel sería suficiente para que las autoridades hicieran la vista gorda.

Intelectuales y artistas sólo se permitían abandonar su soledad para verse entre ellos. Ciertamente, algunos mecenas conseguían atraerlos a sus reuniones intrascendentes: desde Marie-Laure de Noailles a la millonaria americana Florence Gould, siempre dispuesta a recibirlos y hospedarlos en una villa neogótica, La Vigie, en Juan-les-Pins. Aunque la anfitriona más exquisita siempre fue, no podía ser otra, Coco Chanel, por mucho que nadie entendiera el sentido de aquella enorme escalinata que había mandado construir en su residencia. En realidad, se trataba de una reproducción exacta de la del orfanato donde tantas penas había sufrido de niña.

Quien rechazara todo aquel encanto no sería sino por sentirse derrotado ante tanta belleza. Fue el caso de la escritora rusa Marina Tsvietáieva, quien en 1935 se lamentaba de este modo: «Me consume... no necesito toda esta

belleza: el mar, las montañas, el mirto, las mimosas en flor... Esta belleza me obliga a un estado de admiración permanente. Sé que muchos serían felices en mi lugar; de hecho, todos lo serían. Pero esta obstinada belleza me pesa. No puedo corresponder a ella. Yo siempre he amado las cosas sencillas: lugares normales y vacíos, lugares que no gustan a nadie... nunca podría amar la Costa Azul, como nunca pensaría en amar al heredero de un trono». Ante esa misma sensación, Somerset Maugham alcanzó, sin embargo, una suerte de solución intermedia, un pacto con aquella belleza antropófaga: cegó la ventana de su estudio con una pared de ladrillo para que el prodigioso paisaje que podía disfrutarse desde ella no lo distrajera de la escritura.

Era incuestionable la existencia de un vínculo hipnótico entre los escritores y un paisaje en el que se corría el riesgo de acabar perdiéndose así, sin oponer resistencia. Pero ese paisaje empezó a necesitar protección frente a la epidemia de las nuevas edificaciones. Y es que la desbordante naturaleza comenzó a verse progresivamente acotada en jardines privados y parques públicos; los paseos marítimos se pavimentaron, convirtiéndose con ello en rutilantes escenarios, como la Promenade des Anglais de Niza. Las tabernas pasaron en cuestión de poco tiempo a ser restaurantes y cafés, donde el mar y la montaña se presentaban ahora ante los turistas en forma de ricos platos y vinos.

La dulzura del clima y la riqueza natural evocaban en los escritores el recuerdo de otros soles semejantes. «Me gusta muchísimo el Mediterráneo», apuntaba Flaubert, «tiene un no sé qué mezcla de severidad y ternura que me hace pensar en Grecia, algo voluptuoso e inmenso que me lleva a Oriente.» Esa evocación de la tierra de los mitos hacía su aparición con frecuencia en las páginas de otros tantos que admiraban la Costa, desde D. H. Lawrence a

Cocteau, quien escribió: «Este aire del mar, que me empuja a la poesía, es el mismo que da sentido al lirismo griego».

Si algo echaba de menos de la vida en la ciudad, el visitante podía encontrarlo con facilidad también allí, en el laberinto de callejuelas, en los cafés, en los cines de Marsella. La prostitución, que en el resto de la Costa era más discreta, ocupaba en Marsella barrios enteros; y la droga, sobre todo el opio, que transportaban de Oriente los marineros de las flotas ancladas en el golfo, era fácil de obtener y siempre a muy buen precio.

En la primera posguerra serían de nuevo ingleses y americanos quienes extenderían su dominio sobre la Costa Azul, aunque ya no sólo en el sentido horizontal del espacio, sino también en la dimensión vertical del tiempo, explorando nuevos ritmos en el transcurrir de la jornada. Antes de ellos eran sólo unos pocos excéntricos los que sabían apreciar los intensos rayos del sol veraniego, pero las nuevas libertades nacidas de la euforia de la momentánea paz reencontrada incluían también el placer de dejar broncear el cuerpo tumbado, placer del que supo disfrutar como nadie aquella visitante tan devota de la Costa Azul que fue Coco Chanel. El proletariado, preso en las fábricas, estaba condenado a la palidez y sólo una minoría podía permitirse aquella pátina dorada. Curiosamente, este placer se popularizó mucho antes que la «cosmética solar», por lo que una diva como Marlene Dietrich ordenaba cada mañana a su hija que le preparara una loción protectora a base de aceite de oliva.

Los pequeños pueblos esparcidos a lo largo de la Costa, que pronto adquirirían renombre mundial, eran por aquel entonces grupos de casuchas y cabañas cuyos habitantes hablaban dialectos incomprensibles. Quien ya los había

recorrido, como era el caso de Zelda Fitzgerald, prevenía a los incautos del peligro que correrían al visitarlos: «Sus hijos, sin duda, enfermarán de cólera, sus amigos sufrirán tortura hasta la muerte a merced de los mosquitos franceses; para comer no hallarán más que algo de carne de cabra y, por supuesto, nunca encontrarán hielo para su bebida». Pero, por si alguien aún no lo tenía claro, cuando Cole Porter abrió a artistas e intelectuales las puertas de su Château de la Garoupe, en Cap d'Antibes, todos comprobaron que aquellos lugares perdidos eran deliciosos.

Por los mismos años también el cine había descubierto la luz nítida del Mediterráneo. Eran los estudios Victorine, en Niza. Por su parte, los artistas, desde Bonnard a Picasso, de Picabia a Staël, hacían todo lo posible por mostrar los intensos tonos que embellecían aquel paisaje hipnótico. La publicidad, a menudo obra de alguno de ellos, lo aprovechaba para enfatizar su efecto. Cuando la crisis del 29 obligó a muchos americanos a vender sus mansiones, de inmediato se apoderó de aquellas tierras un nuevo tipo de clientela. Al mismo tiempo, el mobiliario exterior y de playa servía de inspiración a los diseñadores para la creación de un estilo sencillo al servicio de ese otro verdadero y único mobiliario: el mar y el cielo que se asomaban al interior de las residencias circunscritos por los marcos de las ventanas. A esta orientación estética correspondía, en el terreno del vestir, la elegante comodidad del pantalón *palazzo* y las alpargatas, inspiradas éstas, al igual que las camisetas a rayas y el gorrito blanco, en la indumentaria de marineros y pescadores.

Cuando uno se acercaba a las orillas podía oír hablar en las lenguas más diversas. Muchos rusos recalaron en la Costa huyendo de la represión bolchevique. Los años treinta contemplaron la llegada de un nuevo tipo de emigrantes,

los alemanes que se oponían al nazismo o se sentían bajo su amenaza por ser judíos. Era un grupo variopinto, eco de las más diferentes opciones políticas y sociales, unidas sólo por la búsqueda desesperada de un visado para huir definitivamente de la Europa amenazada por el Eje.

Pero ni siquiera la angustia de una detención inminente era tan fuerte como para mitigar la influencia dominante de aquella naturaleza. De ello daba cuenta Ludwig Marcuse, exiliado en Sanary, «capital de la literatura alemana», donde pasó seis años «felices-infelices»: «Todo era azul, excepto nuestras almas [...] Estábamos en el paraíso en contra de nuestra voluntad».

Y los había también que desconfiaban de aquel edén de frivolidad. A Jean Giono, enamorado de los bosques de Provenza, no le gustaba en absoluto «ese sitio al que han dado en llamar tan estúpidamente Costa Azul», donde «el azul y el atún se compran y se venden del mismo modo». Pero para el resto de escritores, ya fueran más o menos desdeñosos con el turismo sofisticado de los ricos o con el más banal de las masas, la Costa Azul significaba siempre el regenerador baño de mar y sol. También era una zona franca, excluida de obligaciones sociales.

En 1931, antes de que las nubes de la historia comenzaran a espesarse, los hermanos Mann escribían: «Ir a *trabajar* a la Costa Azul se ha convertido en una costumbre. La verdad es que trabajar es lo mejor que puede hacerse allí abajo, siempre que se encuentre el lugar adecuado. Los placeres de la Costa han perdido ya su carácter inesperado, pero la fuerza del paisaje, relajante al mismo tiempo que animado, siempre sorprenderá a todo aquel que busque concentración e inspiración».

En la posguerra, la juventud disipada y brillante de Françoise Sagan y Brigitte Bardot infundió nueva vida a

aquella zona tan castigada por la Segunda Guerra Mundial. Pero todo había cambiado. O estaba cambiando. Ya muchos años antes, Simenon, con su perspicacia infalible, había retratado a la perfección qué era por entonces la Costa Azul: «Un largo bulevar que empieza en Cannes y acaba en Menton; un bulevar de sesenta kilómetros flanqueado por villas, casinos y lujosos hoteles. ¿Dónde estarán ahora el tan célebre mar azul... la montaña... y todas las delicias que prometen los folletos publicitarios: naranjos, mimosas, sol, palmeras, pinos, pistas de tenis y campos de golf, salones de té y bares...?».

MENTON

1760, CASANOVA. No es que Giacomo Casanova decidiera echar el ancla en Menton por gusto. El viento era adverso, el mar estaba agitado y en la cubierta de su falúa, armada con dos pequeños cañones para defenderse de los piratas, lo acompañaban dos encantadoras jóvenes y también su hermano.

Oyó decir que el príncipe de Mónaco andaba por allí de vacaciones con su esposa y decidió hacerle una visita. No tanto para honrar recuerdos del pasado –había residido en su dispada corte años atrás– como por el presente. Y es que el príncipe se había casado con una riquísima heredera famosa por su belleza y dulzura. A pesar de la desconfianza del príncipe, Giacomo consiguió encontrarse en privado con su mujer. Mientras ambos charlaban, se abrió de golpe una puerta del salón: el soberano corría persiguiendo descontroladamente a una sirvienta. La princesa se comportó como si no hubiera visto nada. Entonces, Casanova recordó que por las cortes circulaba el rumor de que los padres de la aristócrata, conociendo los vicios del príncipe, habían intentado por todos los medios evitar ese matrimonio y de que ella insistió amenazándolos: «O Mónaco o monja»¹.

No pasó mucho tiempo antes de que Casanova y su falúa zarparan precipitadamente para escapar de las desatadas

¹ El juego de palabras resulta más ingenioso en italiano, ya que en esta lengua «monja» se dice *monaca*. En el original la princesa desafía diciendo: *Monaco o monaca*. (Todas las notas son del traductor.)

intenciones del príncipe, ávido por conocer mejor a las bellas compañeras de viaje del aventurero.

Todavía Menton no estaba llena de adinerados enfermos de tuberculosis que acabarían dando al lugar el aspecto de una danza macabra; aun así, a Giacomo no le agradó especialmente aquella «encantadora ciudad que luego resulta ser de todo menos encantadora».

1840, FLAUBERT. Gustave pasó por allí a los diecinueve años, durante un viaje de estudios que debía conducirlo hasta Córcega. Cactus, palmeras y adelfas salieron a su encuentro. Ya en el pueblo, las callejuelas que dibujaban las casas blancas eran tan estrechas que la diligencia apenas conseguía pasar entre ellas. Pronto se le acercó una muchedumbre de niños y mendigos. Dio un largo paseo por la orilla del mar. «Aquí empieza Italia, se respira en el aire.»

La verdad es que, más que a Italia, por entonces Menton ya se parecía cada vez más a una colonia inglesa de vacaciones. Su fama, por desgracia no siempre justificada, de curar a los tísicos había atraído un turismo ciertamente peculiar, un gentío escuálido y elegante que intentaba olvidar entre los restaurantes y el Casino el amenazador motivo de su presencia en aquel paraje.

Flaubert, atraído morbosamente por la muerte, subió hasta el cementerio del Vieux-Château, desde el que se contemplaba un panorama que iba de la pequeña ciudad a la bahía de Garavan. «¡Qué maravilloso cementerio frente a este mar eternamente joven!, ¡no hay cruces!, ¡ni una sola tumba!» Las altas yerbas se balanceaban imperceptibles bajo la brisa. El sepulturero, pálido y melancólico, le contó la historia del camposanto. A aquel jovencito alto y robusto, de largos cabellos y brillantes ojos azules, le gustó especialmente el pintoresco desorden que presentaba un

osario: «Era una de esas ingenuas ironías que uno tanto dese-
searía haber inventado».

1882, MAUPASSANT. Muchos años después, el hijo espiri-
tual –hubo quien dijo que también natural– de Flaubert,
Guy de Maupassant, intentaba olvidar sus cada vez mayo-
res angustias practicando vela por la Costa Azul. Guy era
robusto, de mediana estatura, cara presidida por enormes
bigotes y «esplendorosos ojos de color topacio ardiente»
bajo los párpados enrojecidos por el insomnio. Le gustaba
mucho el «paisaje escalonado» de aquel pueblo. Obsesio-
nado con la idea de la muerte, se sorprendió al ver la posi-
ción de privilegio que ocupaba el cementerio, dominando
«aquella playa de seres agonizantes». Fue de una tumba a
otra, aturdido por el intenso perfume de las rosas que lo
hacía andar vacilante. Leyó los nombres de las lápidas y
calculó la brevedad de sus vidas. Cualquier lugar de «esta
adorable Costa es lugar de muerte; pero una muerte discre-
ta, velada, llena de saber vivir y de pudor, una muerte ele-
gante, en definitiva. Nunca se le ve la cara, aunque aparez-
ca por doquier a cada paso».

Se hizo mediodía y Maupassant, tras encontrar desier-
to el paseo marítimo, volvió a su barco, el *Bel-Ami*. Ya no
bajaría de él en todo el día.

1884, NIETZSCHE. El viaje en tren hacia Menton fue para
Nietzsche una peripecia difícil y nociva. De hecho, tras
aquella experiencia cayó enfermo tres días.

Durante ese mes de noviembre disfrutó de aquel pue-
blo «más tranquilo e imponente, más cercano a la montaña
y la vegetación» que la propia Niza, que era el único lugar
de la Costa que hasta entonces había visitado. «Este sitio
es magnífico y he descubierto ya ocho itinerarios para dar

buenos paseos. Ojalá nadie venga a verme. Necesito una tranquilidad absoluta.»

En la Pension des Étrangers, humilde como todos los hoteles que escogía, escribió unos versos destinados a servir de colofón a *Más allá del bien y del mal*. Daba largos paseos en soledad, durante los cuales andaba tan absorto en sí mismo que no percibía la presencia de nada ni de nadie. Los demás paseantes quedaban sorprendidos por el aura de felicidad que emanaba de aquel tipo de humilde vestimenta, con un traje raído y pasado de moda.

La verdad es que Nietzsche no parecía alemán. Su voluminoso bigote negro le bajaba hasta el mentón, según le retrató uno de sus contemporáneos, que quedó muy impresionado por su palidez y por sus extraordinariamente grandes ojos negros, que brillaban «como dos bolas de hierro» tras sus gafas.

Era la exagerada altura de su frente lo que hacía que los ojos bajo las densas cejas parecieran aún más hundidos; eran ojos velados por una avanzada ceguera que le impedía enseñar y trabajar. Era pobre, pero daba la impresión de vivir por debajo de sus posibilidades. A diferencia de otros personajes a contracorriente, Nietzsche se preocupaba por el decoro y la limpieza. Prefería la apariencia de un burgués venido a menos que la de un bohemio. En su vestir no había rastro de excentricidad, a no ser por la camisa, invisible a la mirada de los demás, tan gastada que se había visto obligado a cortar una buena parte de ella, demasiado harapienta para ponérsela, dejando ver sólo el cuello. Nadie podría sospechar que vistiera ropa interior de lana, algo que generalmente era muestra de debilidad de carácter.

Cuando la luz era demasiado intensa, el filósofo acostumbraba a desplegar un viejo paraguas gris. Durante sus paseos meditaba y anotaba en pequeños cuadernos las

ideas que le venían a la cabeza. Por las mañanas las volvía a leer para pulirlas y antes del amanecer comenzaba a escribir a la luz de una lámpara; eso sí, tras beberse una taza de chocolate y realizar prolongadas abluciones de agua fría.

Por la noche se acostaba pronto, dejando siempre al alcance de la mano una libretita para plasmar las revelaciones que le sorprendían durante el sueño. A veces, su estado de concentración era tal que no conseguía deshacerse de sus pensamientos, de modo que para relajarse o dormir no tenía otro remedio que recurrir al hidrato de cloral.

Era muy goloso. Devoraba la miel y el ruibarbo que le enviaba su madre. Había abandonado la dieta vegetariana por otra más nutritiva a base de carne, yemas de huevo y arroz. El vino estaba casi desterrado, ya que le provocaba excesiva excitación, aunque continuaba con sus aperitivos de coñac y bebía cerveza. Este régimen alimenticio perjudicaba sus ya dificultosas digestiones.

Quien siempre había aparentado más edad, ahora tenía un aspecto extrañamente joven. El bronceado le confería un «tierno aire infantil» que despertaba la simpatía de los demás. No había nada en él que recordara la solemnidad prototípica de un sabio alemán. Estaba tan seguro de sí que llegó a renunciar de golpe a cualquier colocación. Se protegía de la gente ajena y vulgar con una reserva que disfrazaaba de timidez. Nada parecía revelar, ni por asomo, esa locura que pronto lo trastornaría para siempre.

Nietzsche evitaba la conversación, algo que lo fatigaba enormemente. Cuando recordaba su ruptura con Wagner no podía contener las lágrimas, que surcaban sus mejillas. Acababa de terminar la tercera parte de su Zarathustra: «Ha sido una travesía peligrosa».

Estaba muy solo, y algunos días tenía la impresión de estar escribiendo exclusivamente para sí mismo, la única

persona capaz de comprenderlo. Reprochaba a sus contemporáneos la indiferencia con que trataban sus obras, pero al mismo tiempo sus admiradores, que ya empezaban a aumentar atraídos por su creciente fama, le resultaban un incordio: «Prefiero mil veces una vida totalmente oscura a la compañía de aduladores mediocres».

A pesar de lo placentero del clima, le perturbaba la presencia excesiva de enfermos.

Durante algún tiempo mantuvo la ilusión de que Resa, una joven amiga con la que había hablado de una posible estancia en Córcega, se reuniría allí con él para emprender el viaje juntos. Más tarde, al ver que nunca llegaba, se conformó con Niza. «Mis ojos se la saben de memoria.»

1897, BEARDSLEY. «Con este sol las cosas sólo pueden ir a mejor», estaba convencido Aubrey Beardsley. Había llegado exhausto tras una tremenda hemorragia. Sólo quería «encontrar un alojamiento confortable... y dibujar con tranquilidad frente a una ventana abierta al Mediterráneo». Menton resultó ser mucho mejor de lo que esperaba. Calles pintorescas, gentes amables. Aunque ya había entrado el otoño, el aire era cálido y el cielo azul.

A pesar de los rigores de su tuberculosis, Aubrey hacía todo lo posible por mantener su elegancia. Consiguió recomponer lo que quedaba de su mundo en una habitación del Hôtel Cosmopolitan. No podían faltar los famosos candelabros estilo Imperio de bronce dorado: «Nunca he trabajado sin ellos, y me los llevo allá donde voy». Beardsley prefería la luz artificial. «No puedo trabajar a la luz del día... Si quiero dibujar por la mañana, antes debo bajar las persianas y encender las velas.» Y además estaban el crucifijo y los grabados de Mantegna. Lo tenía todo listo para su último trabajo, las ilustraciones para

el *Volpone* de Ben Jonson. Esperaba que aquélla fuera su obra maestra.

La enfermedad le impedía trabajar con regularidad, con lo que ganaba poco, se había quedado sin nada y vivía precariamente gracias a la ayuda de un benefactor. La llegada de la Navidad, «la horrenda alegría pseudonavi-deña» que se apodera de todo, le causó gran amargura. El día 25 de diciembre la humedad y el frío eran tan intensos que no le permitían salir de su cuarto. El autor de los dibujos más perversos de su tiempo se había convertido y recibió reconfortado el «Santo Sacramento» que le dio un abad.

Tenía prisa por acabar el *Volpone*. «1898 verá mi muerte o mi obra maestra. Esperemos que sea lo segundo.» Sin embargo, no estaba demasiado satisfecho con su breve prefacio al libro. No le parecían sino unas «páginas horriblemente absurdas». En cambio, sí procuraba engañarse a sí mismo en lo referente a su salud. Se había enterado de que un famoso académico «que parece un cadáver» llevaba resistiendo en tales circunstancias ya casi catorce años: «Está mucho peor que yo y aún vive. Desde que lo conocí mi ánimo se ha recuperado de una manera increíble». Pero la enfermedad progresaba con una obstinación cruel y le había afectado también al brazo derecho, el que usaba para trabajar. Por primera vez en su vida se dejó crecer la barba y, obligado a permanecer postrado, vestía descuidadamente. Pero no acababa de rendirse: «En el pueblo he dicho que sufro reumatismo». Al final ya sólo era capaz de leer vidas de santos: «Estos santos que tanto amo son mi único consuelo y me proporcionan la paciencia que necesito para soportar mi cruz». El dinero era cada vez más escaso, y Beardsley tuvo que vender los volúmenes más valiosos que le quedaban en su escasa biblioteca.